



SANTIAGO, 30 DE MAYO DE 2008

DISCURSO DEL RECTOR DR. PEDRO PABLO ROSSO

con motivo de la
**CELEBRACIÓN DE LOS 120 AÑOS DE LA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
EN LA SOLEMNIDAD LITÚRGICA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS**

**CELEBRACIÓN DE LOS 120 AÑOS DE LA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
EN LA SOLEMNIDAD LITÚRGICA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS**

NUESTRA UNIVERSIDAD
NACIÓ ANIMADA POR
ESE AMOR. SU MISMA
FUNDACIÓN Y MUCHOS
ACONTECIMIENTOS DE
SU HISTORIA SON UNA
EXPRESIÓN DE AMOR:
AMOR A DIOS, AMOR
A LA PATRIA Y AMOR
A LA VERDAD.
A SU VEZ, DIOS HA
MANIFESTADO DE MUCHAS
MANERAS SU AMOR A
NUESTRA COMUNIDAD
UNIVERSITARIA PERO, DE UN
MODO ESPECIAL, MEDIANTE
LA BONDAD Y SABIDURÍA
DE LAS PERSONAS QUE
HAN ESTADO DISPUESTAS A
SERVIRLA Y A PROMOVER Y
DEFENDER LO QUE
ELLA ENCARNA.

Señoras y señores:

Nos hemos reunido en la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, nuestro Patrono, para conmemorar y celebrar el 120° aniversario de la creación de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Como nos enseña el Santo Padre Benedicto XVI: «En el lenguaje bíblico el ‘corazón’ indica el centro de la persona, la sede de sus sentimientos y de sus intenciones. En el corazón del Redentor adoramos el amor de Dios a la humanidad, su voluntad de salvación universal, su infinita misericordia».

Nuestra Universidad nació animada por ese Amor. Su misma fundación y muchos acontecimientos de su historia son una expresión de amor: amor a Dios, amor a la Patria y amor a la Verdad. A su vez, Dios ha manifestado de muchas maneras su amor a nuestra comunidad universitaria pero, de un modo especial, mediante la bondad y sabiduría de las personas que han estado dispuestas a servirla y a promover y defender lo que ella encarna. Por eso la festividad del Sagrado Corazón es tan central en nuestra vida universitaria, porque nos recuerda el misterio del amor de Dios por cada uno de nosotros y por la humanidad entera.

Al recorrer con la mirada del corazón la historia de nuestra Universidad, destacan en sus inicios la figura de nuestros fundadores. A ellos deseamos rendir homenaje de admiración y gratitud en la figura de Monseñor Joaquín Larraín, su primer rector. Sacerdote piadoso, culto y visionario, concibió la Universidad Católica como «una vasta escuela en que se cultivan y enseñan los diferentes ramos del humano saber» y «un hermoso taller en que se educa el corazón, y se forma el carácter de los jóvenes». Pero, quería además, que la nueva institución universitaria estuviera al servicio de Chile, contribuyendo «eficazmente al acrecentamiento del capital intelectual, del que necesita nuestra Patria...para llegar pronto a la meta de sus altos destinos».

HOY QUEREMOS RECORDAR
Y HOMENAJEAR TAMBIÉN A LA
COMUNIDAD UNIVERSITARIA UC
DE TODAS LAS ÉPOCAS.
(...) ELLA TIENE COMO SU MÁS
EXCELSO REPRESENTANTE A
SAN ALBERTO HURTADO, UN
SANTO QUE ESTUDIÓ Y ENSEÑÓ
EN NUESTROS CLAUSTROS Y
PROMOVIÓ LA IDEA DE QUE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEBÍA
SER: «EL CEREBRO DEL PAÍS, EL
CENTRO DONDE SE INVESTIGA, SE
PLANEA, SE DISCUTE CUANTO DICE
RELACIÓN AL BIEN COMÚN DE LA
NACIÓN Y DE LA HUMANIDAD».

También recordamos con afecto y profunda gratitud a los rectores que continuaron la obra iniciada por Monseñor Larraín. Todos ellos fueron personas de grandes condiciones intelectuales y morales y, sin excepción, tuvieron que enfrentar situaciones muy complejas, derivadas de las transformaciones políticas y económicas del país. No obstante, con capacidad de liderazgo y sapiencia cristiana, fueron capaces de sortear esos obstáculos y permitir que la Universidad pudiera crecer y desarrollarse sin comprometer su identidad, su unidad o misión fundacional. Gracias a esta acertada conducción, durante el siglo pasado la Universidad Católica alcanzó un nivel académico que la situó en el exiguo grupo de «universidades de investigación y doctorado» con las que cuenta Latinoamérica.

Nuestro homenaje a los numerosos benefactores que ha tenido nuestra Universidad. En primer lugar recordamos a quienes colaboraron financieramente para su puesta en marcha. Años más tarde, la misma actitud generosa y comprometida, permitió financiar la construcción del entonces llamado Palacio Universitario, hoy nuestra Casa Central. En el contexto de las realidades sociales, políticas y económicas del Chile de ese tiempo, esta obra era de una envergadura colosal.

El apoyo generoso a nuestro proyecto universitario continuó por el resto del siglo y se mantiene en el presente. Mediante esta fuente, tan noble e indispensable, la Universidad pudo financiar proyectos emblemáticos como la primera Biblioteca Central, el primer gimnasio, la antigua sede de la Facultad de Ingeniería, la creación de la Facultad de Medicina y, posteriormente, la construcción del Hospital Clínico. Donaciones más recientes, de cientos de ex alumnos y amigos de la universidad y de algunos importantes benefactores, han hecho posible crear la Fundación Juan Pablo II, habilitar el Centro de Extensión, financiar Becas Padre Hurtado, construir diversos edificios de la Facultad de Ingeniería y poner en marcha la Fundación COPEC UC.

Hoy queremos recordar y homenajear también a la comunidad universitaria UC de todas las épocas. Los miles de académicos, estudiantes y funcionarios que durante estas doce décadas han querido y servido a la Universidad Católica o se han formado en sus aulas. Todos y cada uno de ellos son parte de la fecunda historia de amor que hoy celebramos. Una comunidad fiel a los valores universitarios de respeto mutuo, idealismo y compromiso con el bien común. Ella tiene como su más excelso representante a San Alberto Hurtado, un santo que estudió y enseñó en nuestros claustros y promovió la idea de que la Universidad Católica debía ser: «El cerebro del país, el centro donde se investiga, se planea, se discute cuanto

dice relación al bien común de la nación y de la humanidad». Este concepto inspirador mantiene para nosotros plena vigencia.

Queremos reconocer y agradecer también el gran aporte que han hecho a la Universidad todas sus instituciones afiliadas y las miles de personas vinculadas a ellas. En su conjunto, representan una oferta educativa singular por su calidad, diversidad y proyecciones sociales. A todas ellas nuestro más cordial saludo.

Juan de Dios Vial Correa, mi querido e ilustre antecesor, decía que es imposible escribir la historia de Chile en el siglo XX sin mencionar a la Universidad Católica. Nadie puede discutir la validez de esa afirmación. Desde sus mismos inicios nuestro Ateneo ha sido un factor gravitante de progreso y bienestar para la sociedad chilena, tanto por las personalidades, acontecimientos y corrientes de pensamiento vinculadas a ella, como por su labor educativa y sus aportes a las artes, al conocimiento y a las políticas públicas.

Pero, sin lugar a dudas, la mayor contribución al progreso y bienestar de Chile que ha hecho y continúa haciendo la Universidad Católica es el trabajo de sus ex alumnos. Suman decenas de miles y están presentes en todas las fibras de nuestro tejido social, en todos los ámbitos y latitudes de la Patria: en las escuelas, en el parlamento, en las organizaciones gremiales, en grandes y pequeñas empresas, en equipos de salud ubicados en zonas remotas, en los municipios, en las iniciativas solidarias, en la vida consagrada...

Ellos están construyendo un país mejor. En su gran mayoría de manera silenciosa, entregando algo tan virtuoso y esencial para el progreso y el bien común como es un trabajo honesto y bien realizado. Todos son hijos de esta Alma Mater que encuentra en ellos su razón de ser y se alegra cuando dan testimonio de servicio abnegado, integridad y espíritu emprendedor.

El proyecto que en 1888 parecía una quimera, hoy es una apasionante realidad. La Universidad Católica ha logrado la fortaleza académica propia de un gran centro universitario, es ampliamente reconocida y respetada internacionalmente y sus aportes al conocimiento la sitúan entre las instituciones líderes de Iberoamérica. Sobre la base de este auspicioso presente, nos hemos propuesto nuevas metas de excelencia y desarrollo académico. Deseamos continuar enriqueciendo nuestra oferta educativa, fortalecer la capacidad de investigar y de formar doctores, como también de expandir nuestras vinculaciones con la sociedad, particularmente con el sector productivo y en el ámbito de las políticas públicas.

PERO, SIN LUGAR A DUDAS,
LA MAYOR CONTRIBUCIÓN AL
PROGRESO Y BIENESTAR DE CHILE
QUE HA HECHO Y CONTINÚA
HACIENDO LA UNIVERSIDAD
CATÓLICA ES EL TRABAJO DE SUS
EX ALUMNOS.

(...) ELLOS ESTÁN CONSTRUYENDO
UN PAÍS MEJOR. EN SU GRAN
MAYORÍA DE MANERA SILENCIOSA,
ENTREGANDO ALGO TAN
VIRTUOSO Y ESENCIAL PARA EL
PROGRESO Y EL BIEN COMÚN
COMO ES UN TRABAJO HONESTO
Y BIEN REALIZADO. TODOS SON
HIJOS DE ESTA ALMA MATER QUE
ENCUENTRA EN ELLOS SU RAZÓN
DE SER Y SE ALEGRA CUANDO
DAN TESTIMONIO DE SERVICIO
ABNEGADO, INTEGRIDAD Y
ESPÍRITU EMPRENDEDOR.

NUESTRO PAÍS NECESITA
RESOLVER MÚLTIPLES PROBLEMAS
EN EL ÁMBITO DEL DESARROLLO
SOCIAL, INCLUYENDO LA
SITUACIÓN DE LAS FAMILIAS,
LA SALUD, LA VIVIENDA, LA
EDUCACIÓN, LA PLANIFICACIÓN
URBANA Y TERRITORIAL, LA
MARGINACIÓN SOCIAL...
EN CADA UNO DE ESTOS DESAFÍOS
NUESTRA UNIVERSIDAD TIENE
MUCHO QUE ENTREGAR.
(...) ESTA UNIVERSIDAD PUEDE
APORTAR SIGNIFICATIVAMENTE A
LA CONSTRUCCIÓN DE UN PAÍS
MÁS PRÓSPERO, PERO TAMBIÉN
MÁS JUSTO Y SOLIDARIO.
(...) POR LO TANTO, LA
'TERCERA MISIÓN' QUE NOS
HEMOS PROPUESTO DEBE
CONSTITUIR EL PRÓXIMO GRAN
CAPÍTULO EN LA HISTORIA DE
NUESTRA UNIVERSIDAD.

Demandó más de un siglo de esfuerzo continuo alcanzar el perfil de una institución académicamente desarrollada. Pero esa tarea no ha concluido y no concluirá nunca, porque el conocimiento se expande constantemente y transforma al mundo. Soy un convencido que el sello de las universidades líderes radica en gran medida en la capacidad de innovar, de generar cambios o de asimilarlos precozmente. Nuestro destino, por lo tanto, está definitivamente ligado a convivir siempre en la tensión creativa que demanda el tránsito entre la realidad actual y aquella que nos hemos propuesto alcanzar.

Esa actitud de vigías y pioneros, siempre atentos al cambio y dispuestos a emprender nuevos caminos, es una virtud que debemos cultivar, porque constituye nuestro mejor seguro para un futuro que se presenta cambiante y complejo. La historia nos enseña que cuando las universidades se cierran al cambio, ya sea por desorientación, intereses mezquinos o autocomplacencia, se condenan a la languidez de un academicismo estéril, que las hace socialmente irrelevantes.

En un país como el nuestro, joven y aún inseguro con respecto a la senda hacia un futuro mejor, nuestra Universidad tiene la oportunidad y, por lo mismo, la responsabilidad de asumir asertivamente un liderazgo intelectual, poniendo al servicio de la causa superior de transformar a Chile en una nación auténticamente desarrollada, todos los conocimientos que cultiva y su capacidad de investigar en un amplio rango de disciplinas.

Nuestro país necesita resolver múltiples problemas en el ámbito del desarrollo social, incluyendo la situación de las familias, la salud, la vivienda, la educación, la planificación urbana y territorial, la marginación social... En cada uno de estos desafíos nuestra Universidad tiene mucho que entregar. Al mismo tiempo, Chile debe cambiar las bases de sustentación de su economía, lo que implica poner en marcha un dinámico sistema nacional de innovación. Esto involucra incrementar la capacidad de generar conocimientos para innovar y agregar valor a los productos. En otras palabras, tenemos el gran desafío de transformarnos en una economía del conocimiento.

Esta Universidad puede aportar significativamente a la construcción de un país más próspero, pero también más justo y solidario. Queremos que en Chile florezca una sociedad fundada en el respeto a la dignidad de las personas y sus derechos inalienables. Un país que crezca armónicamente en su ser y en su tener. Por lo tanto, la 'tercera misión' que nos hemos propuesto debe constituir el próximo gran capítulo en la historia de nuestra Universidad. Hago esta afirmación convencido, además, que en las déca-

das venideras, la vitalidad de una institución universitaria dependerá en gran medida de su capacidad de interactuar con todas las instancias de la sociedad organizada.

Debemos avanzar hacia ese desafiante objetivo fortaleciendo todo lo que nos otorga identidad y especificidad. En primer lugar, los vínculos de cariño y respeto que sustentan a nuestra comunidad universitaria. Para aportar al desarrollo de una sociedad más humana, debemos comenzar por nosotros mismos. Todos quienes trabajan o estudian en la Universidad necesitan vivir una experiencia enriquecedora de vida comunitaria, la que nace en un encuentro de hermanos, que sienten amor y responsabilidad hacia el otro y hacia los demás. Debemos cultivar un espíritu de comunión que, en último término, es un encuentro con Dios, que actúa a través de cada uno de nosotros. Avanzar por esta senda e infundir ese espíritu en nuestro proyecto educativo puede ser una de nuestras contribuciones más significativas a la tarea de evangelizar la cultura.

También, es necesario fortalecer nuestra capacidad de estudiar el fenómeno humano, lo que involucra una mejor comprensión de la historia, de la cultura y, en general, de todas las realidades y dinámicas sociales de nuestra nación y de la humanidad. Esos conocimientos son necesarios para interpretar nuestro pasado, comprender el presente y colaborar en el diseño de una sociedad más sensible a las necesidades y derechos de las personas. Debemos aproximarnos a esta tarea desde una perspectiva interdisciplinaria, evitando miradas reduccionistas a la persona humana.

Finalmente, en nuestra institución la búsqueda de la verdad debe adquirir una mayor centralidad. La diaconía de la verdad, que nos ha encargado tan encarecidamente la Iglesia, involucra una búsqueda sin límites de nuestra realidad física y espiritual. «El bien de la persona consiste en estar en la verdad y en realizar la verdad», nos enseñaba Juan Pablo II. La cultura de las últimas décadas ha perdido claridad con respecto al vínculo esencial entre verdad, bien y libertad. Por lo tanto, ayudar a la sociedad chilena a redescubrir ese vínculo es prestarle el mayor de los servicios.

Quisiera finalizar diciéndoles que la clave de nuestro futuro radica en nosotros mismos y en el acervo de nuestras tradiciones y valores más que en la gestión de los recursos que podamos obtener. Me refiero a nuestra vocación de servicio, unida a una actitud genuinamente universitaria: que valora la vida intelectual, que aprecia la originalidad, abierta a toda la verdad, que respeta la dignidad de las personas y desea anteponer el bien común a los intereses individuales.

ES NECESARIO FORTALECER
NUESTRA CAPACIDAD DE ESTUDIAR
EL FENÓMENO HUMANO, LO
QUE INVOLUCRA UNA MEJOR
COMPRESIÓN DE LA HISTORIA,
DE LA CULTURA Y, EN GENERAL,
DE TODAS LAS REALIDADES Y
DINÁMICAS SOCIALES DE NUESTRA
NACIÓN Y DE LA HUMANIDAD.
(...) DEBEMOS APROXIMARNOS
A ESTA TAREA DESDE UNA
PERSPECTIVA INTERDISCIPLINARIA,
EVITANDO MIRADAS
REDUCCIONISTAS A LA
PERSONA HUMANA.

Si queremos lograr grandes metas para nuestra Universidad es necesario que nos propongamos grandes sueños, como lo hicieron nuestros predecesores, pero, por sobre todo, debemos anhelar que la centralidad del amor de Cristo y su fuerza transformadora animen siempre a nuestra comunidad universitaria. Sólo con esa ayuda desde lo más alto, ella podrá cumplir plenamente su misión de educar mentes y corazones, ser un lugar de encuentro de fe y razón e infundir vida y esperanza en la sociedad chilena.

Que el Señor Jesús y su Santa Madre nos mantengan con paso firme por esa senda y sostengan nuestros espíritus cuando las fuerzas flaqueen. Deseamos caminar in Christi lumine, en la luz de Cristo, para iluminar con ella a todo Chile.

Muchas gracias.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Pedro Pablo Rosso', written in a cursive style.

DR. PEDRO PABLO ROSSO
RECTOR
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE